



Seix Barral

Ignacio Martínez de Pisón

Filek

El estafador que engañó a Franco



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

LA PRIMERA NOTICIA SOBRE FILEK LA ENCONTRÉ...

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

EPÍLOGO

NOTAS

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La famélica España de 1939 estuvo a punto de convertirse en la principal potencia exportadora de petróleo. Eso al menos es lo que Franco creía entonces y lo que pronto la prensa del régimen se encargaría de pregonar a los cuatro vientos. Un químico austriaco llamado Albert von Filek, inventor de un combustible sintético que mezclaba extractos vegetales con agua del río Jarama, había puesto su fórmula secreta al servicio del engrandecimiento de la nueva España después de rechazar generosísimas ofertas de las grandes compañías petroleras.

Protegido y adulado por el régimen, Filek gozó de la estima de sus más altas personalidades hasta que un simple análisis químico desveló el engaño y provocó su ingreso en prisión.

Filek había aparecido en Madrid en 1931. Aunque para entonces tenía ya un largo historial delictivo a sus espaldas, no pasaba de ser un pequeño estafador. Ignacio Martínez de Pisón sigue su rastro por archivos y hemerotecas de media docena de países hasta centrarse en su etapa española, en la que un golpe del destino convierte brevemente en un triunfador a este pícaro de la vieja escuela, un superviviente nato, un individuo con muchas dotes de persuasión pero muy pocos escrúpulos.

Desde el inicio de su carrera delictiva hasta su muerte en Hamburgo en 1952, Albert von Filek fue testigo, protagonista y a veces víctima de algunos de los episodios más convulsos de la historia de Europa del pasado siglo.



Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón

Filek

El estafador que engañó a Franco

La primera noticia sobre Filek la encontré en *Franco, caudillo de España*, la monumental biografía del dictador escrita por Paul Preston. Eran apenas diez líneas, y en ellas se hablaba de cómo el austriaco se había ganado la confianza de Franco y le había convencido de las bondades de su invento: un combustible de calidad superior a la gasolina, obtenido a partir de una mezcla de agua con extractos de plantas y otros ingredientes secretos. Según los periódicos de la época, Filek habría rechazado generosas ofertas de las grandes compañías petroleras para ceder gratuitamente su gasolina a la España de Franco, por lealtad a la cual había sufrido condena de prisión durante la Guerra Civil. Los cálculos oficiales cifraban en ciento cincuenta millones de pesetas anuales el ahorro que el invento de Filek supondría para la maltrecha economía española de la posguerra. Al final el fraude salió a la luz, y el austriaco volvió a ingresar en prisión...

Lo primero que pensé es que ahí había una buena historia: ¡un estafador internacional que tomó el pelo a Franco

en la etapa más sanguinaria del régimen! Lo segundo que pensé es que seguramente esa historia ya la habría contado alguien. Sin embargo, para mi sorpresa, los pocos que habían escrito sobre Filek apenas si aportaban más datos que los ofrecidos por Preston, fáciles de verificar en la actualidad gracias a la creciente digitalización de las hemerotecas. Pero no podía ser que un individuo que había peregrinado por diferentes cárceles y gozado del apoyo explícito de la jefatura del Estado no hubiera dejado ningún rastro en archivos y registros públicos, así que me puse a investigar.

Aunque Preston hizo bien en no dedicar más de diez líneas a Filek, al fin y al cabo un comparsa en un breve periodo de la vida de su biografiado, eso no quiere decir que sus andanzas no merezcan ser contadas. Unas andanzas que le llevaron a conocer los años más convulsos de la reciente historia de España, y no sólo de España.

1

La llegada de Albert von Filek a Madrid se produjo a finales de febrero o principios de marzo de 1931. En esos momentos, España estaba atravesando una época de fuertes convulsiones políticas. La dictadura de Primo de Rivera había liquidado el prestigio de la monarquía de Alfonso XIII, y la *dictablanda* de Berenguer no se había demostrado capaz de devolvérselo. El rey acababa de nombrar presidente al almirante Juan Bautista Aznar, que convocó elecciones municipales para el 12 de abril. Ese domingo, los partidarios de la república vencieron en las ciudades y los de la monarquía en el campo. La sociedad española interpretó las elecciones como un plebiscito sobre la monarquía, y el martes 14 de abril, en medio de un ambiente festivo, la gente se echó a la calle para proclamar la Segunda República.

Madrid se convirtió de golpe en una gran verbena republicana. Josep Pla, que esa misma mañana había llegado en tren desde Barcelona, recreó esa jornada histórica en *El advenimiento de la República*: el ondear de las primeras banderas tricolores, el gentío subiendo por Alcalá en dirección a la Puerta del Sol, los comercios apresurándose a ocultar los símbolos monárquicos, los ciudadanos que sin saberse la letra se arrancaban con *La Marsellesa* y el *Himno de Riego*... También Rafael Cansinos-Assens andaba por allí, y en *La novela de un literato* nos dejó una descripción

del ambiente: las regias estatuas de la plaza de Oriente adornadas con banderines rojos, unos alborotadores cambiando el rótulo de la plaza de Isabel II por el de Fermín Galán, otros derribando en esa misma plaza la estatua de la Reina Castiza e intentando hacer lo mismo con la de Felipe III en la plaza Mayor, viejos republicanos con sus gorros frigos como crestas de gallo mezclándose con la multitud, los camiones desde los que unas prostitutas cantaban «¡cinco, seis, siete, ocho..., el rey estaba pocho!» mientras «un hombre de facha soez» exhibía un conejo muerto y gritaba «¡el conejo de la reina!», jóvenes con escarapelas y brazaletes rojos colocando carteles de PUEBLO, RESPETA ESTE EDIFICIO QUE ES TUYO para evitar posibles desmanes, los pequeños altarcitos como mesas petitorias con los retratos de Galán y García Hernández, los edictos en las paredes en los que el alcalde Pedro Rico anunciaba la instauración del nuevo régimen, las largas colas de gente impaciente por comprar los periódicos vespertinos... La juerga continuaba cuando, ya de madrugada, se acercó Pla a la plaza de Oriente y vio «grupos de aspecto suburbial, con alguna mujer, ligeramente bebidos, con banderas, latas de petróleo, trozos de estatuas mutiladas o derribadas, que seguían gritando y cantando pero con aire de estar ya un poco cansados».



Derechos reservados: Albert von Filek. Fuente: El Día de Palencia, 12 de marzo de 1940

Aquel día pocos se quedaron en casa. No resulta inverosímil que el recién llegado Filek se asomara, aunque fuera brevemente, a ese Madrid desinhibido y bullanguero. No conozco fotos tuyas de esa época pero sí de unos pocos años después, y puedo imaginármelo: un cuarentón vestido con más atildamiento que elegancia, el cuello recio, la mandíbula ancha, los ojos caedizos, el abundante pelo moreno aplastado por la brillantina. Ese hombre, capaz de desenvolverse con soltura en cuatro o cinco idiomas pero aún no en español, tal vez no acabara de entender las cosas que veía. ¿Se dejaría arrastrar por el ambiente festivo y bullicioso o más bien se mostraría reticente ante lo que tal vez le pareciera una algarada del populacho? Resulta más verosímil la segunda hipótesis. El aristócrata venido a menos y antiguo capitán de artillería Albert Eduard Wladimir Fülekedler von Wittinghausen, un caballero que había perdido su posición por haber jurado fidelidad a un imperio ya inexistente, no debía de ver con buenos ojos un espectáculo

lo que en realidad se parecía mucho al que había visto en Viena trece años antes, cuando el emperador Carlos cedió el poder a un gobierno de corte revolucionario. Filek llegó a Madrid a tiempo de presenciar cómo la historia se repetía: si en 1918 había visto nacer la república en Austria, ahora la estaba viendo nacer en España. ¿También en España se iba a abolir la nobleza, como había ocurrido en Austria al aprobarse el *Adelsaufhebungsgesetz*, la ley de abril de 1919 que no sólo suprimía los privilegios de la aristocracia sino que ilegalizaba los títulos nobiliarios y hasta la partícula *von* de los apellidos? ¿También ahora iban a prohibir su clase social? ¿También ahora le iban a perseguir sólo por haber nacido en su familia?

Parece seguro que Filek no era hombre de muchas veleidades revolucionarias. En una de las pocas cartas suyas que se conservan se declararía leal a «nuestro gran héroe, el gran Dollfuss», canciller austriaco de tendencia socialcristiana asesinado en 1934 por los nazis. La carta, escrita en plena Guerra Civil en una cárcel republicana (y que por tanto tenía que pasar la censura interna), tiene un tono general solapado e insincero, y sin embargo la afinidad política que sugiere resulta verosímil: un reaccionario, un conservador que añoraba antiguos esplendores, pero no un hitleriano.

Entre las pocas personas que alguna vez han escrito en torno a la figura de Filek sólo hay una que lo conoció brevemente y tuvo algún trato con él. Me refiero al norteamericano Charles Foltz Jr., un joven reportero que durante la Guerra Civil escribió despachos para la agencia Associated Press y que luego volvió a España para dirigir durante cinco años la delegación madrileña de esa misma agencia. De esas experiencias surgió su libro *The Masquerade in Spain*. En él atribuye a Filek amistad con ciertos aristócratas monárquicos que en agosto de 1932 fueron encarcelados por apoyar el levantamiento militar del general Sanjurjo. Foltz,

que en aquella época aún no vivía en España, está hablando de oídas, pero lo que dice parece razonable. La prueba de que Filek cultivó esa clase de relaciones es que poco después, en cuanto se le presentó la ocasión, intentó hacer negocios con algún militar próximo a Sanjurjo. ¿Qué tendría de extraño, por otro lado, que se moviera en esos círculos? A nadie puede sorprender que Filek, nostálgico de un imperio extinguido y antiguo capitán licenciado por la fuerza de unos tratados, se relacionara con sus iguales: militares que se mantenían leales a la fenecida monarquía, muchos de ellos apartados del ejército por la llamada Ley Azaña, que había enviado a la reserva a casi nueve mil oficiales.

La documentación le identificaba como Alberto von Filek, hijo de Vladimiro y de María, soltero, de profesión químico, de nacionalidad austriaca, nacido el 27 de marzo de 1889 en Tschöran, una pequeña población en la región de Carintia. Y él se presentaba a sí mismo como antiguo capitán de artillería hasta el forzado licenciamiento general tras la derrota de 1918, miembro de una familia ilustre entre cuyos parientes había generales y mariscales del ejército imperial. Para alguien como Filek, que tan orgulloso se mostraba de sus orígenes aristocráticos, el bullicioso Madrid republicano tal vez no fuera el sitio ideal. La aristocracia, precisamente, gozaba entonces de escasas simpatías. Corpus Barga, que en *Paseos por Madrid* dejó un testimonio cabal de las transformaciones experimentadas por la ciudad, observó cómo los viejos palacios retiraban sus blasones para ocultar todo rastro de hidalguía y quedaban convertidos en meras «casonas manchegas». Propiedades que habían sido exclusivas del ejército o la monarquía pasaban a engrosar el patrimonio municipal, y las clases bajas se apresuraban a ocupar los nuevos espacios públicos. La Casa de Campo, reservada hasta poco antes a la familia real, se estaba convirtiendo «en un parque popular y vulgar» y, al término de

la jornada laboral, el «pueblo paleta» se hacía el señorito por el centro de la ciudad. La plaza Mayor era ahora el lugar de reunión de los soldados libres de servicio y, con la nueva moda del nudismo, en la playa del Manzanares los «desnudistas» se tendían al sol junto a sus meriendas. En el achulapado Madrid de los teatros y los cines, de los casinos, cafés y cervecerías, de los estancos ambulantes de tabaco y los hornos móviles de patatas asadas, se estaba formando, según Barga, «una nueva sociedad salida del pueblo, una mesocracia», y el viejo patriciado, que había encadenado su destino al de la monarquía, perdía lustre y pujanza a pasos agigantados.

En la carta que ya he mencionado, Filek dejó claro que su sistema de valores seguía anclado en los tiempos del Imperio. En ella, escrita en circunstancias más que complicadas, afirmaba que, cuando le llegara el momento, no moriría como un conejo sino que lo haría como un capitán condecorado y un aristócrata: los «mil años» de antigüedad de su apellido le imponían un estricto código de conducta que sabría respetar hasta el último instante de su vida. En ese orden antiguo percibía una legitimidad y una coherencia que ninguna sociedad nacida al calor de las últimas revoluciones había sido capaz de emular. Le ocurría lo mismo que al conde Franz Xaver Morstin, protagonista de *El busto del emperador* de Joseph Roth y arquetipo de la vieja aristocracia que quedó desclasada tras la derrota en la Gran Guerra. Para el conde y para la gente de su localidad, el título nobiliario era más bien un cargo que le confería la autoridad necesaria para comportarse como un benefactor. Gracias a ese título podía reducir impuestos, eximir del servicio militar, promover recursos de gracia, suavizar condenas, imponer castigos, conseguir becas... Pero eso no era fruto de la bondad de su corazón sino de una ley tácita de las familias nobles, una antigua benevolencia que con el

paso del tiempo había quedado congelada «en forma de obligación y tradición». Ese entramado de relaciones existía desde antes de la fundación del propio Imperio, y varios siglos de historia lo habían sancionado como sólido e inmutable. Pero, como escribió Stefan Zweig en *El mundo de ayer*, la gente vivía en un castillo de naipes como si fuera una casa de piedra. Con la fulminante desintegración de Austria-Hungría todo eso se vino abajo, lo que no debió de ser fácil de asimilar para quienes jamás habían dudado de la perdurabilidad de las instituciones. Joseph Roth, que hizo de la desaparición del Imperio uno de sus grandes temas literarios, habla por boca del conde Morstin cuando afirma que la vieja monarquía austrohúngara no murió por culpa de los revolucionarios sino «por culpa del escepticismo irónico de quienes deberían haber constituido su fiel apoyo». Y añade con melancolía: «Mi vieja patria, la monarquía, era una gran casa con muchas puertas y muchas habitaciones, para muchos tipos de personas. Esa casa se la han repartido, dividido, la han hecho pedazos. Allí ya no se me ha perdido nada. Estoy acostumbrado a vivir en una casa, no en múltiples compartimentos». El tema reaparece en otra de las principales obras de Roth, *La Cripta de los Capuchinos*, en la que el protagonista resume su situación familiar diciendo que lo habían perdido todo: «posición, nombre y rango, casa, dinero y valores, pasado, presente y futuro».

Albert von Filek era otro que sentía que le habían dejado sin casa y que lo había perdido todo. La derrota militar, de hecho, le había despojado de su dignidad y de su empleo. En virtud del tratado de Saint-Germain-en-Laye, la recién nacida República de Austria se había comprometido a tener un ejército de no más de treinta mil efectivos, y las ciudades se llenaron de exmilitares que, de regreso del frente, no tenían oficio ni beneficio. En los artículos recoge-